

sabor vernáculo y un curioso relieve a los cuadros de ambiente que en estos cuentos se describen.

<https://doi.org/10.29393/At234-209PGDI10209>

EL POSTRER GALOPE.

El capitán de caballería, en retiro, don Olegario Lazo Baeza posee un buen arsenal de recuerdos de su vida militar. Es en este aspecto donde se mejor se muestra como narrador y como pintor de escenas y tipos de la vida militar. Ameno, sin entregarse jamás a largas descripciones, el cuentista va derechamente al objetivo y con gran maestría logra aprisionar el tema de su relato en páginas de gran fuerza evocadora. Hay muchos de sus cuentos que deberían difundirse en las páginas de los libros de lectura para niños, por la certera descripción del ambiente militar y la gracia cautivadora con que sabe darle interés a su relato.

Ahora, el capitán Lazo nos ofrece una novela, cuyo escenario es la ciudad de Tacna, en la cual vivió mientras estuvo de guarnición en una de los regimientos destacados en ella, durante la ocupación chilena. También en la novela, el escritor se muestra como un hábil narrador, aunque a veces da la sensación de que algo falla y que el recurso de la técnica tuvo de pronto algún tropiezo que no se logró salvar sin que el lector se diera cuenta. Hay en este libro la pintura de tres personajes principales: Emilia, la mujer del capitán Riquelme, Gladys, una hermosa inglesita que vive en Tacna, y el capitán Riquelme mismo, de quien se enamora Gladys. Aunque tal vez estaría mejor decir que Riquelme y la rubia chiquilla soñadora, se entienden casi instantáneamente en ese lenguaje universal de los ojos, la noche que se conocen en un baile que dan los oficiales a la sociedad de Tacna. Y aquí queda inmediatamente armado el conflicto sentimental. Riquelme no es un hombre de grandes decisiones. No es el tipo de arrebatada vehemencia capaz de hacer todas las locuras imaginables arrastrado por los impulsos

del amor. Se deja llevar suavemente por este agradable idilio que lo acaricia sin que se dé cuenta del peligro que encierra. No advierte cómo va entrando en lo profundo del conflicto y no piensa cómo va a salir de él. Probablemente, supone que será una de esas amables aventuras, tan frecuentes en la vida de los militares que van a provincias, donde son objeto del interés y de la atención de todas las muchachas casaderas. Emilia vive tranquila su existencia familiar, y confía en la fidelidad del marido que aunque no tuvo nunca por ella un gran amor, no le ha dado preocupaciones en este sentido, durante el tiempo que llevan casados. Pero de pronto se da cuenta de la llama que arde en los ojos de la inglesita, cuando el militar se expone en las proezas de un concurso de equitación, realizando arriesgadas proezas ecuestres. Y desde ese momento los acontecimientos se precipitan. Emilia, la esposa, no reacciona sentimentalmente, como mujer herida en sus sentimientos, sino como la niña regalona que vivió siempre al amparo del padre que la siguió mimando. Cuando ve que Riquelme no sabe negar su inclinación por Gladys, lo amenaza con el papá que vendrá a llevársela. No se imagina que la irresolución del marido tendrá una salida inesperada, como es la de huir con Gladys, hacia el Perú en donde los enamorados piensan reconstruir su vida. Es decir, hacer la vida que realmente se cree que se debe hacer cuando un amor fuerte sale al camino. Y los amantes se van una noche, y su trágico fin nos deja un poco desconcertados, pues habiéramos descado que ya que se hizo un daño a esa respetable institución que se llama la familia, éste no tuviera un castigo tan inmediato ni terrible. Pero en este aspecto no debemos opinar, pues entra en la parte íntima de la sensibilidad del novelista. «El postrer galope» es una hermosa novela que tiene una cualidad fundamental: la amenidad. El señor Lazo siempre sabe contar con interés. En su novela echamos de menos algunas descripciones del ambiente tacneño, con más co-

lor y objetividad. Acaso en otros libros nos dé la sensación más directa de ese aspecto.

CARTAS A UNA SOMBRA.

Mila Oyarzún, la autora de un fino libro de versos titulado «Esquinas del viento», se nos presenta ahora como novelista de las emociones y de todo aquello que nos agita interiormente y que aunque no aparece en la superficie de las cosas, tiene la máxima importancia en la existencia humana.

«Cartas a una sombra» es más bien un desfile de emociones, de estados de alma. Hay, a ratos, algo como un monólogo interior que se exterioriza en un poema de dolido acento. El recuerdo de un ser con el cual se vivieron horas de ensueño, no se desliga del ambiente que circunda a la autora. Una lenta obsesión va tejiendo y destejiendo esa trama sutil, que se va creando en un espíritu enfermo de sueños inasibles, pero que dan margen para que la belleza asome como un paisaje diluido en la ausencia. Esos dos seres que se aman, que se buscan, llevando dentro de sí una extraña inquietud, no tienen la felicidad de ostentar en sus ojos el brillo de una promesa de felicidad. Van por la vida, como un hombre ebrio que hace equilibrios sin encontrar en donde apoyarse. Están fuera de la realidad. Es un sueño que persiste en el corazón de una mujer que desea transformar el recuerdo en una lenta atmósfera de sensaciones. Van siguiendo lo que no existe. Es decir, lo que alienta dentro del alma en donde se agita la visión de un paisaje que se va alejando, alejando.

El muchacho enajenado llega al fin de la novela con el nombre de la amada en los labios, cuando la razón ya no puede alimentar las dulces vertientes del amor. Y entonces la artista que es Mila Oyarzún, nos envuelve en su recuerdo, impregnado de una recóndita y extraña tristeza. La sombra se queda con su emoción enferma, fuera de la realidad fuerte y luminosa de la vida en acción.